*“Ida”*. Polonia, 2013. Director: Pawel Pawlikowski. Con Agata Kuleza, Agata Trzebuchowska.

**Una lección de cine**

**Es un cine austero, a lo Bresson, el realizador galo, que pugnaba por un cinematógrafo de pensamientos, sentimientos, ideas y propósitos apostando fuerte a la convicción de las imágenes. No recursos teatrales, ni psicológicos, ni explicativos. Ni tampoco “rabiosos”, ni románticos, ni heroicos, que sustituyeran la potencia de las imágenes.**

**(La crítica Mercedes Estramil afirma en reseña reciente que “el cine sigue siendo espectáculo, dinero y estrellas” en discutible afirmación que el film de Pawlikowski recusa ejemplarmente).**

**El de él es también un cine en blanco y negro, que no abunda en preciosismos. La imagen “dice”, sin que esté ausente el presentarse bella a la mirada, aunque esto es por añadidura.**

**En interiores austeros (una comisaría, una habitación de hotel, un auto viejo atascado y luego sacado del barro por una yunta de caballos). En un hospital, en un establo, en el patio interior de un convento bajo la nieve donde cuatro pupilas llevan a duras penas una estatua de Jesús. O en una cueva de músicos tocando para nadie un jazz hermoso, (una pieza de Coltrane) como si nos halláramos en un café de París de los cincuenta.**

**En efecto, se desprende del film una hermosura melancólica que muestra la desolación de la posguerra en una sociedad dividida y miserable. En los caminos y en tierra de campos de cultivo pobre. En los bosques que dejan pasar una luz que intermitente centellea, oscurece e ilumina los rostros en momentos de encrucijada en que los personajes tienen que decidir y actuar sobre sus propias vidas.**

**Es un cine en un país de numeroso campesinado tosco, brutal, violento, y de religión católica. Junto a ese cimiento originario se han de sumar tradiciones de nacionalismo belicoso, de resistencia a los nazis como a los comunistas; de romanticismo y de luchas heroicas por la libertad y de testimonios sobre los daños que deja la guerra. Y también una comunidad infamada por el mal olor del antisemitismo.**

**(*Last but no least* es preciso hablar de la formidable escuela de cine y la pléyade de realizadores que florecieron en las décadas de los cincuenta y sesenta: Ford, Wajda, Kawalerowicz, Munk, Polanski, Skolimowski, Zanussi, Holland y muchos nombres más, cuyos frutos cinematográficos llegaron a nuestro país, a mediados del siglo pasado, en una labor inolvidable de cultivo de almas de futuros y fieles *movie-goers*).**

**Todo ello pareciera que pesa en el film (o en el espectador). Todo ello subyace o se deja adivinar en *Ida*. La trama se ubica, pues, en la Polonia comunista alrededor de los años cincuenta. Un convento, un destino: una pupila. Es Ana, en vísperas de tomar sus votos. La hermana superiora, con mirada sagaz de águila, le recomienda a la muchacha que se abra al mundo, que conozca a su tía, única familiar sobreviviente, y que reflexione sobre los pasos que va a dar.**

**Su tía, Wanda, es una juez conocida por su dureza, bajo el régimen comunista. Ella tiene la mano dura y no ha dudado en mandar a los “enemigos del régimen” a la muerte. Pero Wanda es también conocida por su indisimulado alcoholismo, por su erótica desenfrenada y pobre de mujer extraviada. Ana golpea en la puerta de Wanda, esta se resiste a recibirla; al final la admite. Le dice que su verdadero nombre no es Ana, sino** *Ida***, que son judías, que nacieron Loebenstein, que debieron cambiar de nombre si querían sobrevivir. De sus padres, de su hermana Rosa, madre de Ida, ninguno sobrevivió. Wanda le hablará de Rosa y se revelará elusiva cuando se nombra a un niño. Juntas remontarán fuentes desconocidas, sobre todo para *Ida* quien accederá a saber de orígenes y destinos más ciertos y no menos espantosos. Wanda cumple su tarea llevando además a su sobrina por caminos de ludibrio y de tabaco, de alcohol y música y sarcasmo. “Monja judía”, le dice, en dictamen cruel e inapelable, solo posible de entender en un quiasma de conjunción-disyunción de identidades. Polacos-judíos-católicos-comunistas. *Ida* a su vez replica interrogante por qué caminos está tomando Wanda, quien marca para los demás seguros derroteros. En la *cave* existencialista, *Ida* conoce a un gitano, un muchacho saxofonista, que tanto hace el amor, como toca jazz, como quiere viajar a Gdansk, junto a Ida. Es el momento de quitarse la toca la muchacha y recorrer el territorio de los espejismos que Wanda le enseñara.**

**La tarea de las dos actrices es de magna enjundia. Agata Kuleza como la tía juez, presta su rostro, su fumar, su beber, su ablución desesperada, ora en pos del agua, ora en pos del fuego. Y muestra su arrojo firme en la conquista de hombres empujada por una necesidad impostergable, ciega e imperiosa. Pero también su rostro se encapota como el cielo, su mirada se hace torva por una memoria y un pasado que no la abandonan, por heridas hondas e irrestañables que no cesan de doler. Después Wanda habrá de asomarse y acercarse al abismo de una ventana abierta con marco de música sacra de Bach. Agata Trzebuchowska como Ida, en cambio, es de un mirar dulce e inocente, su pelo siempre cubierto por la toca, es rojizo, (como lo adivinara Wanda). Sus ojos tienen un espejo de aguas de mirar sugerente, tierno y firme. En lo hondo de sus pupilas, su personaje se encuentra constreñido por una irresolución angustiada: ¿Qué hacer, después de las propuestas del muchacho músico?**

**El film se cierra quedamente mostrando a Ida con la toca repuesta sobre sus cabellos, sola, en camino de tierra, sesgada por la luz intermitente de los autos oscureciendo y encendiendo su rostro, trasuntando apenas levemente que ella se dirige quizá a ninguna parte.**

***Juan Carlos Capo***